



EN EL CASTILLO DE CUELLAR

Yo soy Eolo, "folla amigo" de Helena, astuto como un diablillo y menos escrupuloso que los mortales, que son bien burros. Vivo en Navalmanzano, de Segovia, y ella es de Cuéllar, también de Segovia.

Tenemos la costumbre de quedar para encontrarnos en los pinares del El Henar.

Ella, que es floja de braga y comilona, me espera escondida detrás del Santuario, y yo tengo que ir a buscarla haciendo sonar un cencerro como si fuera un cabestro, porque eso la excita.

Ella se hacía pillar y me cantaba refiriéndose a las pajas que me hacía, y que contaba:

-Mazorcas al mazorcal, donde las ciento y veinte están.

Un día, rogándole que me hiciera la paja sobre una caca de buey, no atinando en eyacular sobre ella, pues se movía, huimos de ella metiéndonos en el castillo de Cuéllar, yendo directamente al Servicio, y no en otra parte, pues yo me corría, y ella se cagaba.

En el Servicio, sobre una bañera de Corinto, en la que figuraba una inscripción que decía: “Mibsa Metalibérica”, dimos rienda suelta a nuestros instintos divinos y gratamente pecaminosos.

Dos guardas de seguridad, que nos habían seguido para corrernos, abrieron la puerta del Servicio con violencia, gritando:

-Alto ahí; no se muevan.

Al vernos, se quedaron sorprendidos y maravillados. Sobre todo, cuando Helena les dijo:

-Entrad, entrad y veréis hilada de unos minutos y cagada de un par de días.

Profiriendo amenazas, ellos nos ordenaron vestirnos y salir cuanto antes del castillo, olvidando en la precipitada marcha, ella, la braga, y yo, el calzoncillo, juntándose los dos y, como por arte de magia, parecer un fantasma o albarda de oveja blanca, que lanceaba contra los guardas de seguridad.

-Daniel de Culla